

—Sí, va desarreglada como un papel de música.

Se echaban frases chispeantes á todo el mundo: verdad es que parecian mas bien sueldos de cobre que monedas de oro. No se sacaban del arsenal que habia en el palacio de Rambouillet. El fusil de aguja ha desmonetizado estas armas, que son tan corteses que no hieren.

Octavio se levantó para salir.

—Os vais, dijo Miravault, porque habeis empleado mucho corazon en vuestro juego.

—Os engañais, mi buen amigo, dijo Monjoyeux á Miravault: la dama de Espadas no ha clavado ninguna en su alma.

XIII.

LA DAMA DE PALOS Y LA DAMA DE ESPADAS.

Al siguiente dia por la tarde Parisis recibió dos cartas por el correo, como un simple mortal al cual no se le trata de embajador.

Hé aquí la primera:

«Estos bailes, estas fiestas, estos devaneos, no son como el poema de Goethe: todo danzaba en ellos: las ideas y los corazones.

»Reconocisteis á Margarita, oh Fausto?

»En el libro de la vida, como en el libro aleman, no habeis reconocido una señal en la página ESTÁ ALLÍ?

»UNA MARGARITA NO ENCONTRABLE.

»UNA DAMA DE PALOS QUE NO SE QUITARÁ LA CARETA.»

—Conozco esto, dijo Octavio: el enigma no se traduce facilmente en veinte y cuatro horas. Si es cierto que la noche trae consejo, es sobre todo en punto á mujeres. Mañana Margarita ya menos ofendida por el beso que dí en sus cabellos, cortará aun su pluma para escribir á Fausto.

Octavio respiró la carta y reconoció en ella un vago perfume de violeta. Estaba escrita en papel inglés sin escudos y sin cifra.

Octavio había roto el sello sin examinarlo: recogió el sobre que había caído á sus piés y vió escrita en árabe esta frase que le perseguía desde la noche anterior:—ESTÁ ALLÍ.

—Veamos la segunda carta, se dijo; quizá me explique la primera.

Antes de romper el sello lo examinó y vió en él una corona de condesa; pero se había borrado el escudo.

—Quizá pertenezca á una verdadera condesa, murmuró. Y leyó este sobre:

*Al señor duque O. de Parisís,
Avenida de la Emperatriz.*

La escritura era de carácter inglés trazada sobre papel francés.

La carta decía así:

«Figuraos, caballero y enemigo mio—porque me habeis hecho la corte—que os escribo con un velo en el semblante para ocultarme el rubor á mí misma.

»Oh! Curiosidad!

»Vais á encontrarme tres veces loca: yo quisiera ahora que toda la vida fuese un baile de máscaras.

»Como es posible divertirse con la cara descubierta? Se debe ofrecer tan mal semblante cuando un enamorado os dice: «Os amo!» y se le responde con igual música!

»La desgracia consiste en que las bujías se encuentran ya apagadas y que el baile ha concluido.

»Ireis al de la Corte?

»Os verá pasado mañana en casa la mas espiritual de las embajadoras; pero sucederá como en la Opera, donde la música priva de oír las frases.

»Por lo demás, no obstante vuestra desenvoltura, que es un poco *desenvuelta*, creo que no os atreveréis á meter los piés en aquel ramillete que los redactores de la Crónica llaman *Cesto de flores*.

»Mañana ireis al Bosque: yo os convidó á él para saber como estais de salud. Por orden del médico dareis tres vueltas por las orillas del Lago, empezando por la derecha y concluyendo en la izquierda.

»Yo, por orden de mi corazon, daré la vuelta de izquierda á derecha.

»Pero chist, caballero! Yo creo que levantais mi careta.

»LA DAMA DE ESPADAS.»

—Esto es muy bueno, dijo Octavio: apuesto que ha escrito esta carta cuando se ha levantado á las doce. Es posible que las otras dos cartas lleguen con el otro correo.

Octavio se paseaba en su cuarto.

—Estas, murmuró, son cartas que me dispensan de contestar. Siempre sucede lo mismo.

Octavio se hallaba dotado de gran talento para ser embajador: no hablaba sino á las mujeres y nunca

las escribía. Y sin embargo, nadie cual él sabía escribir una carta. Se hubiera dicho que era un grabador sobre piedras preciosas; tal era la perfección con que en sus cartas imprimía el sello de su alcurnia. Sus cartas escritas en irreprochable papel inglés, que se hacía agradable al tacto y á la vista, excitaban la curiosidad de leerlas. Desgraciadamente al abrirlas no se encontraba nada en su interior.

El joven tenía demasiado talento para gastarlo en cartas. Tenía sin embargo una colección de frases de convención ya hechas. Cuando escribía á su querida lo hacía empleando estas dos frases:

—*Te aguardo!*

O bien:

—*Aguárdame!*

Esto era todo. Ni una palabra más. No hacía bien? Lo que se ama en una carta es el sello, es la primera frase.

Aguárdame! Hay toda una página en estas letras. Quieren decir:

«Te amo, voy á llegar, ábreme tus brazos, nuestros corazones palpitan juntos, vamos á disputar un poco. Ya estás avisada; vé con tiento! si encuentro un Arturo ocúltale en el guarda ropas; si debe venir, corta el cordón de la campanilla. Por hoy suprime tu familia y tus acreedores; escribe que no irás á comer á Bongival, puesto que comeremos en Molino Rojo. Habrá callos á la Roqueplain y perdicés á la Nieuwerkerke. Ya recordarás, que pusimos

»nuestro sello á una botella de Romaneé, cuyo sello no es visible mas que para nosotros. Avisa á tu amiga Ana Piés Ligeros, que nos divertirá con sus bestialidades chispeantes. Ya sabes que no me gusta encontrarme solo con los tenedores, las cucharas y los vasos. Cuando como y estoy enamorado necesito de un público. Después de comer iremos á la ópera, á los Campos Eliseos ó al Conservatorio; iremos al diablo con tal de que seas un ángel.»

Hé aquí ya una página y apenas he comentado estas frases elocuentes: *Aguárdame!* Cuántas otras ideas despierta, cuántos sentimientos, cuántas esperanzas, cuántos recuerdos! Por ejemplo: aun no he hablado del dinero. Pues bien, estas frases *aguárdame ó te aguardo* van siempre doradas, á menos que sean escritas por una querida que pertenezca á otro mundo.

Cuando Octavio de Parisis escribía estas frases á una mujer *comme il faut* era aun mas elocuente, ya que la verdadera elocuencia en la vida está en el amor, en la acción. Y estas dos frases de Octavio recordaban al hombre de acción.

Octavio había leído y vuelto á leer las dos cartas de la dama de Palos y de la dama de Espadas.

—Bien pensado les daré mi corazón, dijo el manco. La dama de Copas y la dama de Oros, están dormidas, y son muy coquetas ó torpes.

Un amigo de Octavio, Monjoyeux, entró cuando pronunciaba esta frase.

—Torpes! dijo tomando una actitud teatral.

—Sí, torpes, no retiro la frase; pero esto no es cuenta tuya, mi querido Monjoyeux.

Y Octavio contó naturalmente sus aventuras nocturnas.

—Comprendo, dijo. Vaya una adquisicion! Como si no tuvieses ya demasiadas mujeres!

—Hombre, por mucho pan nunca mal año.

—Otra vez eres víctima de tus ilusiones. Pero ya te quedarás sorprendido cuando el naipe dé la vuelta. Tu dama de Espadas habrá ya minado el género humano y tu dama de Oros estará picada de viruelas, la dama de Copas tendrá la nariz colorada y tu dama de Palos.....

—Chist! interrumpió Octavio: sobre ésta ni una sola palabra!

XIV.

LA VUELTA POR EL LAGO.

A las cuatro Octavio montaba á caballo para dar la vuelta al lago por mas que hiciese un tiempo abominable. Desafiaba la brisa, la nieve y el frio.

Habia pocos coches y juzgó que no le seria difícil el reconocer el de la señora que firmaba la dama de Espadas.

El sombrío cielo habia arrojado en su imaginacion tintas grises.

—Monjoyeux quizá tenga razon, pensaba, vá á comenzar el capítulo de las ilusiones perdidas.

Un cochecito arrastrado por dos caballos de lujo desembocó en el lago.

Quizá sea éste, dijo Octavio.

Y se inclinó maquinalmente. Era un saludo ó un movimiento de curiosidad. La señora del coche se mantuvo firme y su cabeza no se movió ni un milímetro.

—Nó: es imposible que sea ella, dijo Octavio que habia reconocido á la condesa de Entraygues.

Su caballo estaba ya á veinte pasos del coche cuando volvió la cabeza.